

» Tal vez ella no querrá la vida sin la corona ; pero ciertamente no conservará la vida si pierde la corona (1). » De vez en cuando esta princesa quería tomar resoluciones heroicas, pero sin efecto ; mas conociendo Mirabeau su gran ascendiente sobre las mujeres, manifestaba vivos deseos de hablarla, de aconsejarla, ó la tranquilizaba escribiendo : « Puede llegar el momento en que veamos á una señora y un niño montar á caballo : estas son tradiciones domésticas para la reina. » Tal modo de hablar no podia ménos de producir su efecto en la reina, que miéntras que nunca había querido abocarse con La Fayette, á quien habló varias veces el rey, ella aceptó una entrevista con el terrible tribuno.

Para un hombre ambicioso como este, debia ser un gran momento para él el acto de presentarse delante de la hija de María Teresa, miéntras que María Antonieta temblaba al verse en presencia del gran libertino y demagogo. De esta misteriosa entrevista solo se supo que él al dejarla la besó la mano diciendo : « Señora, la Monarquía está salvada. » ¡Palabra atrevida que no deben olvidar los demagogos que se creen capaces de dominar una terrible revolución despues de haberla promovido!

La exageracion es el carácter peculiar de la opinion pública, y de aquí resulta que todos los actos de Mirabeau fueron atribuidos á su vanidad. Y sin embargo, ántes de servir á la corte recomendaba la moderacion. « Ninguno de nosotros quiere que se pegue fuego á las materias inflamables preparadas de un extremo á otro del reino. Pensemos en la situacion de las provincias, en la triste influencia que tendrían divisiones particulares, y en las dificultades y mal estado en que se encuentran los intereses parciales. Dejemos á un lado retencias, suposiciones falsas y locuciones pérfidas, y hablemos con calma diciéndonos unos á otros : « Yo quiero ir hasta allí, y nada mas. » Vos no tenéis el derecho de llegar hasta aquí, y no sufriré que paséis mas allá de lo que os concede el derecho. » Tengamos la buena fe de usar este lenguaje, y pronto nos entenderemos. Marte es el tirano del mundo, el derecho el soberano de él... »

Por desgracia Mirabeau no tenia mas fuerza sólida en la Asamblea que en la corte ; pues si dominaba las tribunas públicas, no tenia partidarios entre los diputados, siéndole contrarios lo mismo los amigos de la antigua Monarquía que los precursores de la República. Sus enemigos trataron de perderle por todos los medios, hasta con los desafíos, á que se negó, á pesar de ser tan audaz ; pero no por eso quedó con la mancha de cobarde (2). Esto prueba que Mi-

(1) Nota del 20 de junio de 1790.

(2) Este medio de quitarse de delante las personas mas temibles fué tan frecuente durante la Asamblea que se propuso que fuesen considerados como asesinos los provocadores. Barnave, que había tenido que batirse mas de una vez, dijo desde la tribuna : « El verdadero medio de prevenir

rabau no ignoraba que en los desafíos solo hay un valor de pompa, un heroísmo de convencion ; pues no es lícito que el primer perdido, el primer asesino obligue á un hombre honrado á hacer un ensayo, en el que no solo compromete una vida que puede emplearse en hacer bien á sus semejantes, sino que sume en el mas profundo dolor dos familias, para procurarse un remordimiento á sí mismo si sale bien del desafio, y al émulo ó antagonista si sucumbe. « Nada es mas abundante que espada-chines, decia Mirabeau ; pero ¿vale la pena de arriesgar mi buena cabeza contra la de un loco? »

Grande orador, gran hombre de Estado segun unos, y aristócrata ó demagogo segun otros, apoyo del edificio social, ó vil desertor de la causa del pueblo, tacháronle de venal y de voluble, porque tan pronto opinaba con uno, tan pronto con otro, ó solo, sin considerar que uno puede ser constante en las cosas, sin someterlas á los ojos de los hombres.

En aquel terrible torbellino de ideas en que se fundan las sociedades que han hecho su tiempo, Mirabeau crecia como Hegias en el infierno de Dante, sacando su fuerza de la union de sus pasiones con su ingenio. ¿Y no se parecia este hombre al pueblo de entónces? Como aquel, obligado á permanecer menor mas allá de los años de la razon, bajo una autoridad paterna rígida, legal, inexorable ; mal educado, pobre en medio de las riquezas, vilipendiado entre los privilegiados, presentábase á reivindicar sus derechos ; desigual, violento, cínico, sublime, prolijo, terrible como este pueblo que salia de un letargo, y como él ávido y generoso á la vez.

Conocia los hombres, preveía los sucesos, sabia descubrir los motivos secretos que hacen obrar á sus adversarios, dotes que siempre desagradan. El pertenecer á la clase que combatia, daba á Mirabeau el colorido del sacrificio ; y el ser inmoral le hacia poderoso entre los corrompidos, que solo tienen fe en sus iguales.

Casi ya desde el principio escribia á un amigo. « Es excesiva bondad de vuestra parte irritaros contra las infamias que dicen de mí los gaceteros : ya hace tiempo que yo miro estas bajezas como el salario de mi caballerosidad. ¡Pobre, miserable de aquel que intentase una revolucion, y que no fuese calumniado! Conmigo aun obran peor ; pues soy inquietado en todos sentidos, con toda la acrimonia de la ira, con toda la actividad de la intriga. Entre los privilegiados no se usa de ceremonia : Es preciso desembarazarse del conde de Mirabeau, esta es su consigna. »

Mas tarde decia : « ¡Caprichoso, chocante, es

venganzas personales, y de quitar de la mano á los ciudadanos las armas que estos dirigen contra sus conciudadanos, es de armar la ley contra ellos. Que se castiguen las injurias, y cesarán de hacerlas. » Barnave, despues de un famoso desafio con Cazátes, llamaba el valor de los espadachines « el honor de aquellos que no le tienen. »

» por cierto mi destino! Si se oye á los privilegiados, fué mi funesta é insidiosa elocuencia la que mantuvo á las Comunas y á sus indolencia. Si ois á las Comunas y á sus hombres de pro, os dirán : *Mirabeau perderá la causa pública por demasiado celo ; dice cosas excelentes pero con un calor...* Dificil y muy dura tarea es por cierto tener que caminar al bien público sin irritar á ningun partido, sin echar incienso al ídolo del dia, sin otras armas que la razon y la verdad, respetándolas en todas partes, no respetando mas que á ellas, no teniendo mas amigos que estas solas, y por enemigos solo los adversarios, no conociendo otro monarca que su conciencia, ni otro juez que el tiempo. Sucumbiré tal vez en la empresa, pero no volveré la espalda. »

XX

Lamark, á quien alguno llamará el ángel tutelar de Mirabeau, otros su demonio, sostenia, « que era preciso gobernar á los hombres por su utilidad, pero no por medio de ellos, esto es, por la opinion de la multitud, estableciendo al mismo tiempo, que la razon y el buen sentido huyen de los hombres á medida que se reúnen en mayor número. » « Mirabeau (dice), generalmente de buena fe en las discusiones, era de mi opinion, pero siempre se deslizaba en la necesidad de adular al pueblo para gobernarle. En cuanto á la igualdad, parecía completamente absurda en el sentido que la daban los truchimanes de entónces, calificándola de un *parosismo violento de la enfermedad revolucionaria.* »

Tambien aseguraba, que no hay hablador que no pueda acometer alguna institucion humana con apariencias de triunfo, pero este triunfo queda reducido á la nada por la razon y el juicio del hombre de Estado hábil y profundo, que no puede ménos de defender las bases del órden social. « Está bien (contestaba Mirabeau), pero ahora no se trata de esto. No hay hombre que baste por sí solo á hacer volver á los Franceses al buen sentido. Solo el tiempo puede poner órden en los espíritus ; pues con ellos es preciso no presumir, ni desesperar nunca. En el dia los Franceses están gravemente enfermos, y hay que cuidarlos y medecinarlos con precaucion. »

De aquí su vacilacion entre proposiciones prudentes y frases demagógicas ; pero cuando sus adversarios le sacaban á relucir su vida pasada, inclinaba la frente como uno que se dice haberlo merecido. Pero no por eso mejoraba de vida ; pues luego que encontró asegurada su subsistencia con el dinero de la corte, principió á gastar y mas gastar, compró joyas, la biblioteca de Buffon, y olvidábase á la mesa ; por lo que se murmuraba de él cada vez mas.

No deja de ser extraordinario que Mirabeau continuase viviendo así, cuando muy al principio había dicho : « ¡Cuánto mal reporta á la Francia la inmoralidad de mi juventud! » y al fin de su vida tambien dijo : « ¡Ah, qué suerte hubiera yo asegurado á mi patria, si yo hubiese entrado en la Revolución con una reputacion como la de Maleshérbes! »

Que se lo tengan por dicho aquellos teóricos que creen que á un hombre de Estado le bastan un poco de astucia y de audacia, y que se echan á reir cuando se habla de ideas morales.

Comprendiendo Mirabeau la necesidad de corregirse y de enmendarse, le llegó un momento en que pensó reconciliarse con su mujer, para lo cual hizo que mediase su hermana, á quien hace escribir una carta que tenemos del puño y letra de Mirabeau, y que nos parece digna de ser estampada :

« Tardé en contestar á vuestra carta, porque mas que graciosa y razonable es de consideracion ; y ademas he querido ántes de escribir viros ver á mi hermano, no solo, sino raziendo consigo mismo á fondo. En el torrente en que está metido y que le arrastra, no puede, con la mejor voluntad, disponer de una hora para sí. Sus fatigas, su salud, su ansiedad y el cansancio de todo género os causarian compasion. Al fin pude hacer que viniese á comer en casa de mi hija (la señora de Aragon), y hablé con él ; hé aquí el asunto : La carta de mi mujer es de un buen gusto, llena de razon, y me agrada, porque lleva en sí gracia y malicia. Pero ella no lo sabe todo, y no teniendo todos los elementos de la cuestion, no puede resolverla de lleno. Me cree ambicioso, y se engaña, al ménos en la acepcion vulgar de la palabra : la ambicion de las comparsas, de los cordones, de las dignidades, nunca la conocí. He querido preparar, acelerar, tal vez cumplir una gran revolucion en las cosas humanas en provecho de la misma especie humana ; y secundado por el espíritu del siglo y por circunstancias inconcebibles, he acertado hasta cierto punto, y aun mas de lo que pudiese esperar un hombre ordinario, á quien sus propios errores, y los errores ajenos habian suscitado muchos obstáculos. Provocado atrozmente por la nobleza provenzal, natural es suponer que yo hiciese aparecer en mi conducta algun deseo de venganza. Pero no : la impudencia y perfidia del gobierno por un lado, la imbecilidad é imprevision del partido anti-revolucionario por otro, me arrastraron mas de una vez fuera de mis propias medidas ; pero nunca he desertado el principio aun cuando me ví forzado de exagerar la aplicacion de él, y siempre deseé permanecer ó volver al justo medio. Tres enemigos tenia la libertad nacional : el clero, la nobleza y el parlamento. El primero no es de este siglo, por lo que la triste situacion de nuestro ramo de hacienda hubiera bastado para ma-

» tarlo. La nobleza es de todos los siglos, y por
» eso es preciso entenderse con ella. Pero no
» es posible un acuerdo con ella sin enfrenarla,
» ni se puede enfrenar sino uniendo el pueblo
» con la autoridad real; así como esta nunca
» hará alianza de buena fe con el pueblo,
» mientras que subsistan los parlamentos, que
» tanto á ella como á la nobleza las entretenia
» con la ilusoria esperanza de prolongar el
» antiguo orden de cosas. Pero aun se quiere
» una destruccion mas, y esto sería demasiado.
» Aquí está, pues, toda mi política, aquí todos
» mis secretos. ¿Qué queda que hacer despues?
» reavivar el poder ejecutivo, regenerar la au-
» toridad real, reconciliándola con la nobleza
» nacional. Pero un nuevo ministerio estará
» siempre mal compuesto mientras que los
» ministros no sean miembros del parlamento;
» por consiguiente, es preciso anular el decreto
» sobre los ministros, ó la Revolucion no se
» consolidará nunca. En general yo no puedo
» y no quiero salir adelante, sino por la misma
» necesidad de las cosas: si no hay esta nece-
» sidad, claro es que no acertaré. Por lo tanto
» no he querido transigir ni transigiré; por lo
» demas sé que me acerco á los límites que
» suele tener la vida, y no estoy aburrido, ni
» he perdido las esperanzas, pero me hallo can-
» sado. Las circunstancias me aislaron; aspiro
» á descansar mas de lo que nadie pueda pen-
» sar, y descansaré tan pronto como pueda
» hacerlo con seguridad. Entónces, si tengo
» bastante para vivir, trataré de ser feliz; y
» si no tengo lo suficiente, difícil será que yo
» no pueda lograr una embajada, y esta me
» facilitaría un retiro honroso y dulce. Pero
» es preciso que uno dé principio y concluya
» su propio oficio; y estoy convencido que
» sería desertar de él, entrando en un consejo
» con personas á quienes es imposible hacer
» el bien.»

XXI

Mirabeau no pensaba en restablecer lo pasado; antes por el contrario, procuró que el rey aceptase la Revolucion ya hecha, para evitar la que podia hacerse, dando á aquella una cabeza y un moderador; en una palabra, procuró impedir que la Monarquía tratase de volver á un despotismo que ya era imposible. Y en verdad no habia cosa mas fácil de hacer con un rey como Luis que todo lo concedía, que no pedia dinero para él, y que nunca habia metido la nacion en empresas exteriores ruinosas. Pero el conceder y el consentir ya no estaba en manos del rey, sino en las de la plebe.

Atemorizado del caballo que se desbocaba sin que su mano pudiera contenerlo, exclamaba: « Ya no es esta una agonía convertida en con-sunción por el estado de nuestra hacienda, es una desbandada, y ¡ojalá que no llegue á invadir

todo el cuerpo político! ¡ojalá que la Revolucion no sucumba á esta enfermedad vergonzosa!»

Y en efecto, en las entrañas de la Asamblea Constituyente hallábase ya para salir á luz la Convencion; los hombres sensatos veían avanzar el huracan, sin nada que pudiese contenerle; y los futuros niveladores y destructores de la sociedad crecían al lado de los destructores de la Monarquía.

Mirabeau aconsejaba al rey á salir de Paris, no siendo posible gobierno alguno en aquella confusion, en la cual el primer sedicioso ó turbulento mandaba á nombre del pueblo. « Jamas se encontraron reunidos en un mismo foco tantos combustibles, ni tantas materias inflamables; el desorden está por todas partes; numerosos extranjeros soplan el fuego de la discordia en todas las plazas públicas; todos son enemigos de la corte; un populacho avezado ya hace un año á victorias y delitos; una falange de propietarios que no se atreven á mostrarse, porque tienen mucho que perder; todos los conspiradores y sus agentes reunidos; en las clases bajas encuéntrase toda la chusma de la nacion; en las elevadas lo que hay de mas corrompido, tal es Paris, que conoce ya su propia fuerza. El ejército alternativamente con el rey, con los ministros, ó con la Asamblea (1). »

¿Quién podia enfrenarlos en semejantes circunstancias? Solo Mirabeau lo podia, oponiendo su fuerza excepcional á la nueva fuerza creciente. Así es que decía á M. Crillon: « Vos no me amáis, ni siquiera me estimáis... Yo podria dar explicaciones de mis faltas, pero lo que es excusarme no quiero. Sin embargo, echad la vista al rededor vuestro, y veréis que no hay mas que yo, yo solo, que pueda combatir y vencer la anarquía, la cual os devorará, devorará vuestros amigos, el trono, y la Francia. Es preciso oírme, ó perecer todos. »

En el *Espejo de la situacion de la Francia*, escribia. « Si se sigue este plan, todo se puede esperar; si no, si esta última tabla de salud se abandona, no hay desgracia imaginable que no se pueda esperar, desde los asesinatos individuales hasta el saqueo general, desde la caída del trono hasta la disolucion del imperio. ¡Rey bueno, pero débil! ¡reina desgraciada! hé aquí el espantoso abismo á que os ha conducido el titubear entre una ciega confianza y una exagerada desconfianza. » ¿Adónde será lanzado este bajel batido por la tormenta? Yo no lo sé, pero si yo escapo del naufragio público, podré decir con orgullo en mi retiro: Yo me expuse á perderme por salvarlo todo; pero ellos no lo han querido. Tres dias antes de morir escribia á Lamark: « Sería prudente destruir mis cartas, pero no puedo resolverme á ello. Espero que la positividad encontrará en ellas la mejor justifi-

(1) Correspondencia, t. II, pág. 418.

» cacion de mi conducta en estos últimos
» tiempos, y aquí está el honor de mi me-
» moria. »

XXII

En realidad, lo que los filósofos se habian propuesto idealmente, la plebe lo habia cumplido; y una vez dada la primera impulsión, el movimiento iba creciendo sin que nadie pudiese contenerlo. El que pretendía entónces ponerse á la cabeza de él, si queria contener ó disminuir la fuerza, quedaba hecho pedazos.

En semejantes posiciones, es una fortuna que la muerte se lleve esa cabeza; pues entónces sobrevive el deseo y el concepto de lo que hubiera hecho ó podido hacer si hubiese vivido, mientras que solo hubiera podido mostrar claramente su impotencia, y concluir vituperado ó siendo la risa del pueblo. Este fué el caso de Cavour en estos tiempos, el de Mirabeau en aquellos que describimos.

Una larga prision, el abuso de la juventud, y sus violentas pasiones, habian minado su salud, la cual se fué consumiendo por un trabajo incesante y extraordinario. Cuando vió que su mal no le dejaba ninguna esperanza, se abandonó á la idea de la muerte con estóica seguridad.

Su peligro impresionó sobremanera al público, ni se hablaba de otra cosa en Paris desde el mercado á la corte. El médico materialista Cabanis, que suministraba veneno á los que querían sustraerse al suplicio ó al furor popular, pinta la muerte de Mirabeau como una escena á la manera antigua, rodeándole de flores, buscando el sol, y hablando con lucidez. Lamark aludiendo á estas aserciones dice: « Yo no sé cuándo ha hecho esto; pero un dia que estábamos hablando de cosas varias, y unos nueve ó diez dias antes de la muerte de Mirabeau, incidentalmente la conversacion cayó sobre las buenas muertes; y el principio á hablar con elocuencia, pero con un poco de énfasis, recordando las muertes mas dramáticas de los tiempos antiguos y modernos... Yo traté de disminuir el mérito de las que llaman magníficas muertes, diciendo que casi siempre eran el efecto de una orgullosa afectacion... Que en cuanto á mí las mejores me parecían aquellas que habia visto en los campos de batalla, y en los hospitales, pues allí se veían la resignacion y la serenidad, sin otro deseo que el de sufrir ménos y morir cómodamente. »

« Hay mucha verdad en lo que decís, » contestó Mirabeau; (y luego hablamos de otras cosas.

« Yo habia olvidado esta conversacion, cuando fuí á verle moribundo, y me senté tocando á su cama. Entónces me llamó, me da la mano, y apretándome la mia, me dijo: « Amigo mio, vos entendéis lo que son las buenas muertes, ¿estáis contento? » Al oír semejantes palabras,

y á pesar de que soy frio por naturaleza, no pude contener mis lágrimas. Mirabeau lo notó, y me dijo cosas muy afectuosas. Tuvo una larga agonía, atormentado de grandes dolores, y murió en mis brazos á las ocho y media de la mañana del 2 de abril de 1791. »

Moria oportunamente para su gloria en el acto de pasar del brillante asalto á la fria resistencia; moria persuadido de su importancia personal, puesto que al criado que le asistía y sostenia le dijo: « Puedes vanagloriarte de haber sostenido la cabeza mas fuerte de Francia, » y á sus amigos: « Muerto yo, los facciosos se repartirán los sesos de la Monarquía. »

Apénas espiró este hombre, cuando la noticia se difundió con la rapidez del rayo por toda la ciudad. Barrere llorando, pidió en la Asamblea que se tomase acta del sentimiento universal; y habiéndose propuesto que acompañase el entierro una comision, la Asamblea contestó: « No, iremos todos. » Las secciones de Paris piden que se le entierre en el campo de la federacion, bajo el altar de la patria; otros proponen que « el templo de la religion sea el templo de la patria, y el sepulcro de un hombre grande el altar de la libertad, » y en seguida se decretó que la iglesia de Santa Genoveva será el Panteon, y que el primer hombre grande á quien la patria reconocida le consagra es Mirabeau.

Las campanas hacían oír su lúgubre sonido; de minuto en minuto disparábase el cañon; doscientos mil espectadores hacían á un ciudadano funerales regios, y el Panteon parecia apénas digno de semejantes cenizas.

Entre los muchos Italianos que vivían entónces en Francia, y que tomaron parte en la Revolucion, hallábase José Ceruti, natural de Turin. Era jesuita, y á la supresion de su orden escribió la apología de ella, por lo que el gobierno frances le contestó como solia, es decir, obligándole á retractarse, y á firmar una fórmula que le pusieron delante. Luego que la firmó, y teniendo aun la pluma en la mano, preguntó: « ¿Hay algo mas que firmar? » Contestó el magistrado: « Sí, hay el Alcoran, pero ahora no lo tengo aquí. » Lanzándose luego de lleno en la Revolucion, escribió varias Memorias sobre la materia, fué colaborador de Mirabeau, diciendo de él Rivarol, que su frase brillante y consumada se parecia al plateado que deja el caracol sobre las hojas en que pasa. Ceruti recitó la oracion fúnebre de Mirabeau diciendo, que habiendo venido despues de Montesquieu, Fenelon, Voltaire, Rousseau y Mably, se intimó ó dijo á sí mismo: « Aquellos crearon la luz, yo creé el movimiento. »

Boissy d'Anglas dijo: « Parece que la Revolucion perdiendo á Mirabeau ha perdido su providencia; » y en efecto, muchos creyeron que él hubiera podido dominarla y salvar la Monarquía; y que, así como habia derrocado el trono despótico, lo mismo habria derrocado la despótica guillotina.

Isabel, la santa hermana de Luis XVI, luego que oyó la muerte de Mirabeau, escribió: « Los aristócratas lamentan su muerte. De tres meses á esta parte se habia mostrado adicto á la buena causa, y habíanse concebido esperanzas de su talento; pero en cuanto á mí, aunque muy aristocrática, no puedo menos de mirar su muerte como un aviso de la Providencia. Yo no creo que Dios quiera salvarnos por medio de personas sin principios ni costumbres. »

El rey, que pagaba la elocuencia de Mirabeau, y la reina, con quien tenia coloquios nocturnos, tal vez lamentaban su pérdida como una áncora de salud; pero la verdad es que tenían menos confianza en él que terror. Por su parte, la aristocracia, irritada, prefería su caída á sus servicios; pues le miraban, si no como un apóstata, cuando menos se hubiesen avergonzado de ser realzados por aquel mismo que los habia deprimido.

Mirabeau no podia encontrarse satisfecho en asambleas en donde el número era superior al mérito, y en donde se quería una igualdad homicida. En una palabra, la Asamblea estaba cansada de su superioridad. El duque de Orleans temía que una palabra de este no revelase y arruinase sus prematuras ambiciones, y La Fayette, el héroe de la clase média, debía temer al oráculo del pueblo.

Faltando Mirabeau, todos los oradores de la Asamblea parecían mas grandes. La naturaleza le habia hecho el primero; por consiguiente la muerte abría el camino á muchos, á todos los que eran segundos á Mirabeau, para disputarse su puesto, el cual, sin embargo, ninguno podia conquistar con sus propias fuerzas. Es, pues, evidente que las lágrimas de estos sobre su féretro eran fingidas; solo el pueblo le lloraba sinceramente, porque el pueblo es tanto menos envidioso cuanto es mas fuerte. La nacion inquieta, que veía amenazadas sus instituciones, y que temía un desquiciamiento total, comprendía por instinto, que lo único que le quedaba era el talento de un hombre extraordinario; perdido este, solo veía tinieblas y precipicios por todas partes. Solo los Jacobinos se alegraban á cara descubierta, porque Mirabeau era el único que podia hacerles frente, y por consiguiente podían aventurarse en adelante á cualquiera falta ó atentado.

Mirabeau, carácter parecido á los de los grandes gentiles, hubiérase encontrado muy bien con algunos de los últimos tiempos de la República romana. Voluptuoso, sin pudor, ávido de dinero y de fama, de un egoísmo sin límites, despreciaba á todos los demas, nunca se preguntaba si era lícito lo que deseaba ó hacía. Aristócrata por gusto, y tribuno por cálculo, le faltó aquella moral vigorosa que es indispensable en las repúblicas, y siempre se le podrá negar un título que es necesario á la gloria, la virtud.

Con todo, fué el hombre de su tiempo. Opuesto

á los errores de la Revolucion, veía la mision de esta, y por eso exclamaba: « La Francia » hará ver á los pueblos que el Evangelio y la » libertad son las bases inseparables de una » verdadera legislacion, y el fundamento » eterno del estado mas perfecto del género » humano. »

Empero lo pasado estaba demolido, y fué empresa poco difícil; lo porvenir debía constituirse, y esta era sumamente fatigosa; el útero de la Revolucion estaba fecundado, el parto tenia que venir, y una vez nivelado el trono, hasta el mismo Mirabeau se encontraba menos fuerte en su misma obra. Este hombre murió á tiempo: mas tarde no hubiera bastado él tampoco para contener fuerzas mayores, que harian rodar probablemente su cabeza en la guillotina. La Asamblea Legislativa pereció queriendo reconstituir quimeras, esto es, poner de acuerdo lo pasado con lo presente, como lo habia pensado Mirabeau tambien; los Girondinos perecieron igualmente creyendo llegar al mismo objeto por medio de una República federativa; los terroristas inventaron la dictadura del pueblo, personificado por el verdugo; Robespierre sabía menos que los demas, pero comprendía que era necesaria la virtud, y mientras tanto degollaba; Napoleon creyó ser él aquel punto de apoyo que contendría la agitacion; y si durante algun tiempo su espada conservó el equilibrio, tambien él debía precipitar; precipitó en efecto la Monarquía constitucional, y pereció la nueva República con su sufragio universal. ¡Quién sabe cuándo será recompuesto el equilibrio!

XXIII

Y mientras tanto, ¿qué ha sido de aquellos que se encontraron mezclados en la historia de Mirabeau? Su padre aun pudo ver en sus últimos dias la importancia de aquel hijo de quien solo se prometía mucho mal: murió el día antes de la demolición de la Bastilla.

El príncipe de Lamark volvió á Bélgica, y conquistado este país por los Franceses, trató de volver á entrar al servicio del Austria, pero no pudo, porque desconfiaban de él. Vivió hasta 1823; su correspondencia con Mirabeau se imprimió en 1851, publicándola en Paris Ad. de Bacourt.

Beaumarchais quedó olvidado por la Revolucion; especuló en la necesidad que habia de armas, y por otras que habia suministrado á los Estados Unidos, que no le pagaron, quedó reducido á la miseria: murió de apoplejía, y le enterraron sin acordarse nadie de él.

La muerte de Mirabeau fué la señal para Barnave de hacer alto; satisfecha ya su ambición y su orgullo, no teniendo delante de sí el brillo de una emulacion peligrosa, dióse á enfrenar las exageraciones de la facción dema-

gógica. Enviado á Varénnes para arrestar á la familia real fugitiva, conoció de cerca á aquellos que habia execrado de lejos, quedó sorprendido á la vista del infortunio, de la hermosura y de la debilidad, y entró luego en las ideas moderadas de La Fayette. Á Malouet le decia: « Yo he debido pareceros muy jóven, » pero creed que en pocos meses me he hecho » viejo. » Dió consejos á Luis XVI que este no aceptó; pero encontrados luego escritos en el armario de hierro con los de Mirabeau, llevaron á Barnave al suplicio, hallándose ya hacia mucho tiempo retirado de los negocios.

Siéyes, que parecia dar la palabra á los mas atrevidos movimientos de la Revolucion, preguntado, qué habria hecho Mirabeau si hubiese vivido, contestó: « ¡Oh! nada, porque le hubieran cortado la cabeza. » Sin embargo, bien pronto en el *Monitor* expresaba la idea de que « á todo otro gobierno era preferible la Monarquía, porque hay mas libertad en esta que » en la República; y preferible, no en tal ó tal » posicion, sino en todas las hipótesis. » Esto no impidió que votase la muerte del rey; ni tampoco impidió que mas tarde se hiciese cortesano de Buonaparte, ni que lo recibiese la corte del rey de Prusia en calidad de embajador imperial con mucha distinción.

En cuanto á Luis XVI, y á su proceso, acaso no se han tenido bien en cuenta las inmensas dificultades y los inauditos embarazos que se agolpaban al rededor de aquel desventurado monarca. Situacion mas escabrosa que la suya no se ha visto nunca; pues era el universo entero que cambiaba, y este cambio, aunque preparado de larga mano, se cumple con una rapidez sorprendente; y en medio del mas horrible desencadenamiento de violentas pasiones. Sin duda alguna, un genio, una poderosa energía de carácter ó una grande espada, hubieran podido hasta cierto punto dar la ley á la Revolucion, evitar muchos desórdenes y delitos; pero no se hubiesen resuelto todos los problemas. Luis XVI hallábase entre los extremos de un mundo caduco y los linderos de otro mundo naciente, aun al estado de caos; iban formando otras instituciones, otras costumbres, otras ambiciones; este príncipe, con su instinto de lo verdadero, comprendía, adivinaba muchas cosas; pero necesitábase algo mas en una época tan extraordinaria.

Rey benévolo y honrado, resuelto al bien, y viendo el bien en la justicia, su timidez le quitaba todo prestigio, su indecision haciale cambiar á todo viento, acoger todos los pareceres de personas, en quienes tenia mas confianza que en sí mismo: no tuvo mas en su favor que un espíritu recto, virtud, y el tranquilo valor de soportar el martirio con mucha serenidad. Sentenciado á muerte, dió el encargo á Malesherbes, su defensor, de buscarle un confesor, diciéndole: « Es una extraña comision para un filósofo como sois vos; pero si jamas debiérais sufrir como yo, y morir como yo, os

inculcaria los mismos sentimientos que á mí me sostienen, y que, á no dudarlo, os consolarian mucho mejor que la filosofía. »

Aquel confesor, Enrique Edgeworth, despues de la ejecucion, fué á informar á Malesherbes de lo ocurrido, quien, al oírle, exclamó: « ¿Es » posible que la religion sola puede dar las » fuerzas necesarias para resistir y llevar con » paciencia y resignacion tan terribles golpes? »

En medio de la ruina de los hombres sobrevivian las cosas, y el nombre de la Asamblea nacional quedará para memoria eterna. Sin armas venció á un poder establecido, que contaba con trescientas mil bayonetas y dos siglos de existencia; empobreció el clero, pero le conservó; la nobleza la hizo ciudadana; proclamó principios que no fueron anulados por el derecho público; muchas de sus instituciones las trasmitió como preciosa herencia, y elevada en miras, desinteresada en el modo de proceder, desterró inveterados abusos, introdujo la humanidad en la legislacion y la igualdad en la sociedad civil.

Aquella Asamblea era llamada (y Mirabeau lo conoció) á profundizar un abismo por medio de la violencia, para que no pudiese volverse atras, y luego estrecharlo y casi calmarlo para que no se tragase el todo. Púsose, no á componer, sino á rehacer el mundo; tuvo que discutir *a priori* la mayor parte de las cuestiones de derecho público y del natural; hizo tres mil doscientos cincuenta decretos; ni tampoco cuerpo alguno tuvo jamas tanto poder, ni le ejerció tanto tiempo destruyendo la feudalidad, poniendo el principio electivo inmediatamente enfrente del hereditario, haciendo subordinada la corona, expeliendo los parlamentos, y proclamando el derecho del pueblo á votar las contribuciones. Habiendo desaparecido las unidades provinciales, la Asamblea se veía obligada á crear un mundo nuevo, y lo hizo rehaciendo la Francia, dividiéndola en departamentos, cuyos nombres y límites no tuviesen nada que ver con las tradiciones, con las costumbres, ni con la Iglesia, de modo que solo quedase en pié una sola idea, un solo interes, la nacion. Al mismo tiempo discutía la creación de un banco nacional y uno de crédito; vendía los bienes del clero; principiaba la reforma criminal; habilitaba para cualquier empleo civil ó militar los no católicos; decretaba que todos los delitos del mismo género serian castigados con la misma pena, cualesquiera que fuese el grado ó posicion del reo, y hasta ponía mano en el ramo de hacienda revolucionariamente, creando cuatro millones de asignatos, que serian recibidos en pago de bienes nacionales.

Las conquistas de la Revolucion nada podrá arrebatárselas, pero no se podían prever; y así es que se cumplía lo que Mirabeau habia dicho: « Todos confiesan hoy que la nacion » francesa fué preparada á la Revolucion por el » sentimiento de sus propios males, y los erro-